

celebró de pontifical el Santo Sacrificio de Cristo el Ilmo. y Rmo. Sr. López, acompañándolo los Sres. Doctoral Dr. D. Felipe de la Rosa y Prebendado D. Isidoro Rodríguez.

La Misa ejecutada por la Capilla de música fué la del Maestro italiano Carlos Coccia, una elegía musical formada por los melancólicos acentos de séres salidos de la tumba para inspirar á los vivos el enervamiento de una religiosa tristeza, y hacerlos pasar á las veces de un modo insólito á la sensación del terror indefinible que causan los misterios del sepulcro.

“Toda esa *Misa de Requiem* del citado autor,—dice analizando las impresiones que esa música produce, el mismo respetable literato que há poco citamos,— es magnífica, espléndida, y está en perfecta armonía con su objeto, encontrándose en ella subordinada la música á la letra, la armonía á la idea, el arte á la Religión. Todo en ella respira la unción santa, la tristeza cristiana, las tribulaciones, temores y ansiedades y á la vez la esperanza firmísima del alma que para llegar á las esferas de luz de la dicha sin fin, tiene que atravesar antes las regiones de fuego del sufrimiento y de la purificación. Pero sobre todo, lo que más encanta, lo que arrebató, lo que transporta el espíritu á horizontes y alturas ignotas de un idealismo inefable, en esa *Misa* del inspirado artista, es el *Dies irae*, la sublime *Sequentia*, la tristísima y dolorida Prosa que la Iglesia en su liturgia destina para elevar al cielo en gemebundas endechas y dolorosos trinos sus plegarias, juntamente con la Oblación de valor infinito, por las almas de los que fueron. “Allí se oyen,—repetiremos aquí lo que en otra ocasión dijimos hablando sobre el propio asunto— allí se ven en medio del espanto universal, los horrores de la máxima y última catástrofe del mundo, de la gran tribulación mundial, preparada por las grandes tribulaciones precedentes. Allí se oye el espantable fragor del desconcierto horroroso de la máquina del universo. Allí se ve descender en toda su majestad tremenda á Jesús, al Supremo Juez de Infinita Justicia, y el pavor supremo pintado en el semblante de los humanos. Allí se oye el sonido terrible de la trompeta y la voz penetrante y grave del Angel que llama al Tribunal Divino á la humanidad entera, para la gran revista del mundo angélico y humanitario, que decidirá de la eterna suerte de las criaturas todas que entienden y aman. Allí se escucha la plegaria fervida de los escogidos, y se ve la pronta separación de buenos y malos, y el hundimiento súbito de éstos en el eternal abismo, y la bendición y acogida de Jesús á los desterrados que gloriosos van á entrar á la Patria. Allí, en fin, se percibe el conjun-



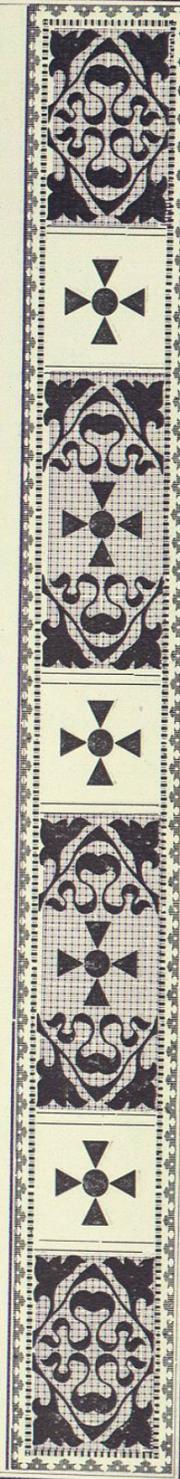
to y se palpan los pormenores del grande y pavoroso suceso del postrero de los días, del acontecimiento deseado por la Ciudad de Dios y temido por la Ciudad del Mal, y que cierra el período de los siglos con broche que tuerce la mano del Omnipotente para dar principio á la eternidad pura, al día sin comienzo y sin fin. !”

El desempeño vocal é instrumental de la celebrada composición de Coccia, fué irreprochable. Ochenta era el número de los ejecutantes, dirigidos por el Maestro D. Diego Altamirano; y concurrían con los notables músicos y cantores de la Capilla de coro, además de otros artistas, los tenores D. José G. Aragón y D. Eduardo Luján, los barítonos D. José Torres Ovando y D. Alfredo Solares, los bajos D. Manuel Sánchez de Lara y D. José Ochoa,—miembros los señores mencionados de la Compañía de Opera Mexicana que accidentalmente funcionaba en esta capital,—seis coristas del mismo cuadro lírico, once alumnos del Colegio de Infantes, algunos de los de la Clase de música del Orfanatorio del Sagrado Corazón de Jesús, y siete de los de la Academia del mismo arte, que en la parroquia suburbana de San José de Anasco fundó el Sr. Pbro. D. Eulogio Rubio.

Los pasajes en que más sobresalieron esas voces fueron, conforme al general sentir: en el *Invitatorio*, el *Hodie si vocem ejus* y el *Quadráginta anni*, que respectivamente desempeñaron muy bien los cantores D. José María Becerra y D. Eduardo Lejarazu; y en la *Sequentia*, el concertante *Recordare*, el *Judex ergo* entonado por los niños de coro, y principalmente el *Oro supplex*, solo en que el Sr. Torres Ovando expresó con todos sus matices los acentos y las intenciones del compositor, impresionando vivamente al auditorio.

Luego que acabó la Misa, subió al púlpito el Sr. Presb. D. Quintín Jiménez, Cura de la parroquia de San. Juan de Dios, para avisar al concurso que se había acordado transferir el sepelio del Ilmo. Sr. Loza hasta la tarde de ese mismo día, teniéndose en consideración que las exequias vendrían á terminar á la hora en que era más ardiente el sol.

Hecha esa advertencia, ocupó la sagrada cátedra el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Silva, para hacer el debido elogio del venerable Metropolitano. Si se considera que el insigne orador dispuso de brevísimo intervalo para preparar su laborioso discurso, así como que en los días anteriores se había visto afectado por una molesta enfermedad, habría que maravillarse de que pudiera producir en tales condiciones una pieza de elocuencia tan acabada como fué la que entonces hizo oír bajo aquellas sagradas bóvedas, á no saber que tiene el dón de bien decir, de conmover y convencer por medio



de la palabra, en tal grado que de sus labios se escapa de continuo "el sonido de las almas grandes," que llamó Longino á la sublimidad en el lenguaje oral, cualidad que no se llega á alcanzar sino por quienes pueden cerner las alas del espíritu más allá del azul espacio, en la región sin límites, en el infinito.

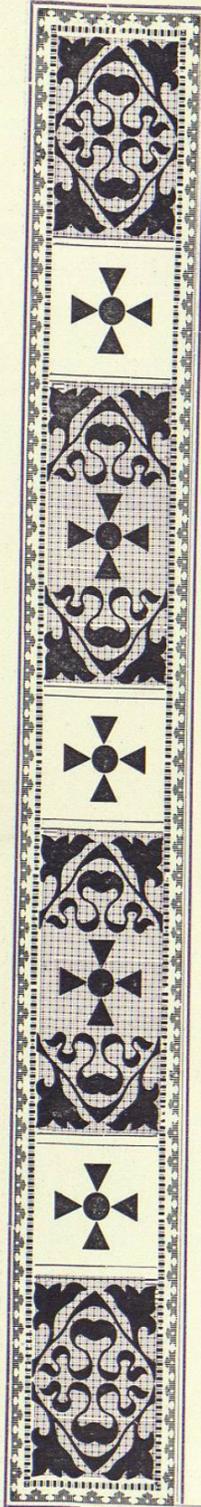
En esta vez el dignísimo Prelado de Colima supo, en sus ardientes apóstrofes, ponderar la gran pérdida que la implacable Muerte había hecho sufrir á esta Sede, á la Provincia y á toda la Iglesia Mexicana; interpretar fielmente la intensidad del dolor que tenía como comprimidos con su pesadumbre nuestros corazones y que estaba próximo á estallar en sollozos y lágrimas; y hacernos bendecir con humildad los inefables decretos de la voluntad divina; y supo también, sin vaguedad ninguna, como quien conoce perfectamente el asunto de que trata y es idóneo para aquilatar todos sus detalles, presentar á nuestros ojos, con pinceladas ya suaves, ya vigorosas, el cuadro completo de las excelsas acciones de la vida del ilustre personaje, mostrándolas y ensalzándolas como el efecto lógico de las innumerables virtudes y cualidades que lo adornaban, girando todas ellas en torno de la vibrante característica que constituía su prudencia sin igual. Con el entusiasmo del sufrimiento, traduciéndose en gemidos, fué escuchado el brillante elogio fúnebre, que robusteció sobremanera la opinión de ser el panegirista una eminencia del púlpito mexicano.

Corroboraremos nuestro aserto citando sólo sucintamente algunos de los juicios de la prensa, ya que toda ella fué de parecer unánime:

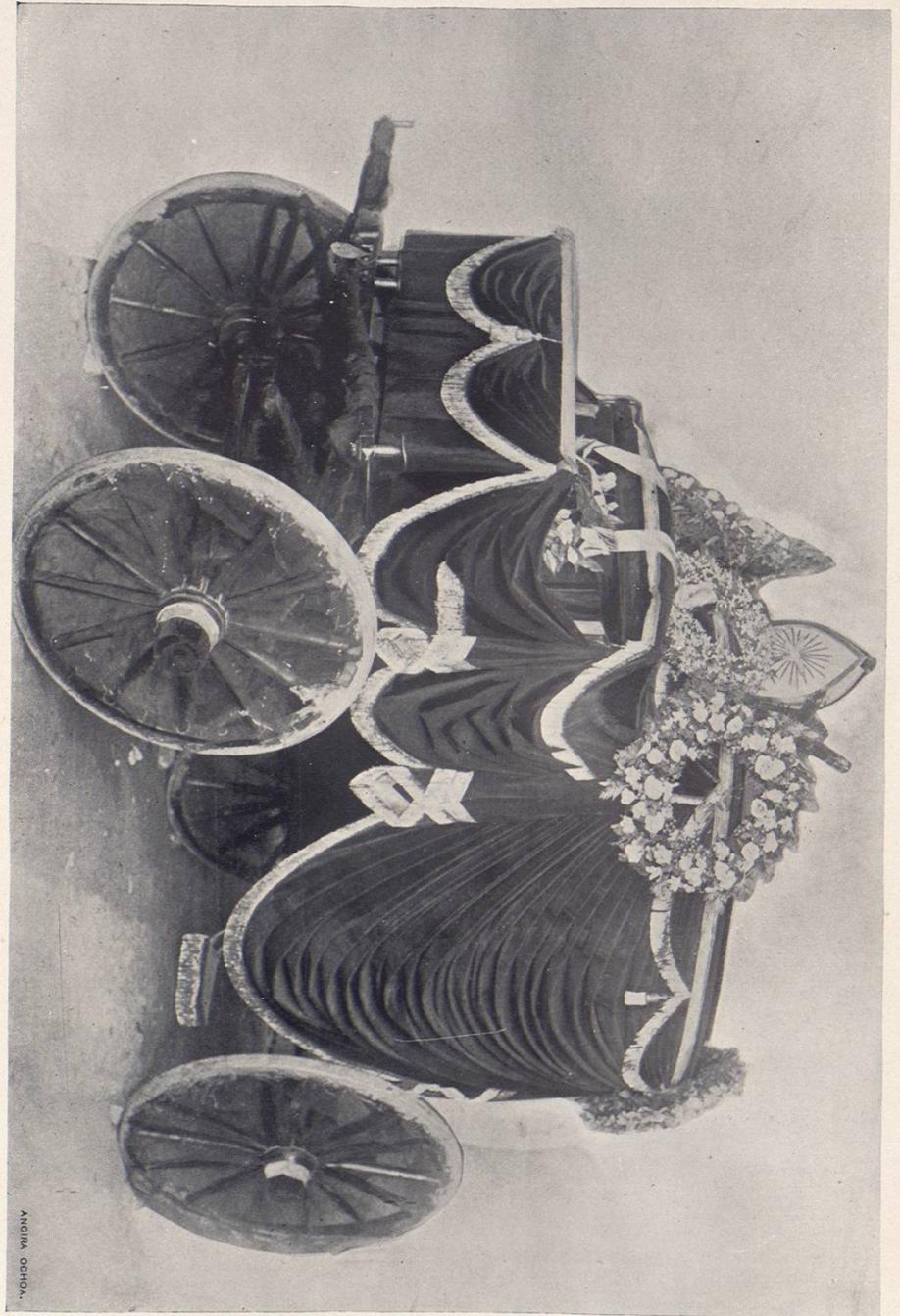
"Feliz estuvo el Ilmo. Sr. Obispo de Colima,—decía un diario;—supo dar importancia á su pieza oratoria; tuvo fluidez, sentimiento, elevación y aun arranques de patriotismo, y las imágenes, figuras y artificios retóricos de que se valió en su brillante peroración, fueron apropiados. En suma, desempeñó felizmente su cargo de orador."

"A no saber que era improvisada la Oración del preclaro Obispo de Colima,—escribíase en otro periódico,—se hubiera creído que era la obra de muchos días y de muchas vigílias. El más perfecto silencio se observaba en aquel inmenso auditorio, que parecía dominado por un éxtasis arrobador, al contemplar las célicas visiones que le mostraba el sabio Obispo, que con mano poderosa arrolló ante su vista el velo de la eternidad."

... "Hizo (el Ilmo. Sr. Silva) tan cumplidamente el elogio de nuestro insigne Prelado—reseñaba un tercer diario,—y con tan sumo tino supo herir las cuerdas más íntimas del



EL CARRUAJE ARQUIEPISCOPAL.



ANGELA OCHOA.

sentimiento que en aquella hora señoreaba todos los corazones, que una vez más nos afirmó en la idea que tenemos arraigada, de que aquel Príncipe de la Iglesia es uno de los mejores oradores sagrados de nuestra Patria. Pasajes hubo en su discurso, cuyos conceptos no se habría desdenado de usar el Aguila de Meaux, inimitable en el género de estas composiciones funerarias."

Ya cercana la una de la tarde terminó el panegirista de desempeñar tan brillantemente su especial cometido; y á continuación, fué á unirse con los demás Prelados y con las Dignidades Capitulares, encaminándose luego todos á la pira, donde uno á uno fueron diciendo ante el féretro los responsos y demás oraciones litúrgicas, y rociando é incensando el féretro. Nunca, como con ocasión de estas honras fúnebres, nos pareció más apropiada la razón mística de la última de esas ritualidades, según la cual razón el acto de incensar el ataúd significa que el difunto ha ofrecido á Dios el olor de sus buenas obras.

Con esto dieron fin los funerales; y el doliente concurso, después de lanzar una triste mirada de despedida hacia el catafalco, fué saliendo paulatinamente. En derredor del túmulo quedaron, empero, haciendo guardia, por turno, cuatro seminaristas con manto, beca y bonete romano, una Comisión del Comercio y varios distinguidos particulares, interin se llegaba la hora de conducir el respetable cuerpo al lugar de su sepulcro.

A las cuatro de la misma tarde el pueblo en masa llenaba de nuevo la plazuela de la Catedral y una gran parte de las calles adyacentes, se colgaba del enverjado que cierra el atrio del templo y pululaba en las cercanas azoteas: era, sin embargo, admirable contemplar cómo la compacta multitud, otras veces tan llena de energías, tan bulliciosa, tan locuaz, se mostraba entonces seria, casi recogida, sin tener ojos más que para espiar el instante en que apareciera en el dintel del sacro recinto la caja mortuoria que encerraba el cadáver de aquel cuyos párpados ya no se abrirían para echar sobre su Grey miradas de ternura, ni movería sus labios para orar por ella, ni extendería su diestra para bendecirla con la señal de la cruz.

Se había fijado con antelación el itinerario que el cortejo recorrería hasta el cementerio de Santa Paula: avenida Alcalde, calle de San Felipe y calle de Belén; y en toda esa carrera, las ventanas y los balcones del trayecto estaban empavesados con cortinas de gasa blanca, lazos de crespón negro y con otras insignias de duelo, y el pavimento en gran parte alfombrado de flores y hierbas olorosas. Además, las

